

## La Fiesta académica y popular del Libro

ENTRE la exposición de manuscritos gloriosos, incunables y ediciones príncipes y obras publicadas de propia cuenta, hecha en su alzado palacete por la Academia de la Lengua, y los tenderetes instalados por los libreros madrileños frente a sus tiendas, interrumpiendo un poco el paso en nuestras aceras, dijérase que no hay relación ninguna, como no la hay entre las excursiones de curiosos, formados en grupos, á través de las salas de la Biblioteca Nacional—nuevo modo de turismo interior ó municipal, que debiera ponerse de moda y practicarse á diario—, y la evocación en la Academia de la Historia del portentoso *Catálogo de las lenguas*, del abate Hervás, con los documentados estudios de algunos oradores y editores y libreros sobre el libro contemporáneo, sus problemas técnicos y económicos, su difusión escasa y su más escasa influencia sobre nuestro estado social y cultural. Bien es verdad que acaso esta inconexión preste ó dé mayor sabor romántico, altruista, desinteresado, abnegado, á nuestra *Fiesta del Libro*, entre académica y chamarilera, entre oficial y popular, entre universitaria y burocrática y mercantilista.

La veneración al libro antiguo, la devoción y enamoramiento del tesoro inmenso, desconocido é incalculado por la casi totalidad de los españoles, que constituye la bibliografía española hasta principios del siglo XIX, no se puede encender ó estimular en las generaciones con las solemnidades académicas de un día cada año... ¡Glorioso libro español, que nace apenas inventado el arte tipográfico en Alemania, y que en su cuna misma se liberta de la tiranía y monopolio de los doctos, y cuenta en el habla popular el romance y la epopeya caballeresca, y luego las relaciones, las jácaras, los autos y las loas y la novela pícaro y el teatro de Lope y Calderón, Tirso y Moreto!... ¡Glorioso libro que se sublima en las prensas de Alcañá, donde Cisneros imprime su Biblia poliglota, y que resume y adelanta toda la cultura del mundo, y afronta vencedor las iras inquisitoriales y el odio de reyes y validos, y no se extingue y desaparece en las hogueras donde los fanáticos lo arrojan, ni en las bárbaras destrucciones en que se gozan las soldadescas que nos traen á Felipe V ó intentan imponernos á Bonaparte ó al segundo-génito de Carlos IV!... ¡Glorioso libro español, finalmente, que resurge en los virreinos de Nueva España y Nueva Granada y Nueva Extremadura, y en aquel edén del archipiélago magallánico que perdimos, y crea las admirables bibliografías de Méjico, de Lima y de Manila, cuando aun muchas naciones de Europa no tenían imprentas!... La



El puesto instalado durante esta Semana del Libro por la Librería Espasa-Calpe, en la Gran Vía

adoración, el culto, el enaltecimiento y exposición de este libro, alma de la raza, razón de existencia de la raza, no debiera ser fervor del 7 de Octubre ni de semanas ritualistas, sino enseñanza y labor de todos los días, de todas las aulas, todas las academias y todas las escuelas.

En cuanto al libro moderno, á su representación cultural y á su negocio industrial, á la acusación constante y quejumbrosa de que España padece el peor analfabetismo, el de que no leen los que saben leer, y á las divertidas imaginaciones á que se entregan cuantos discurren sobre la crisis del libro español y su creciente ausencia de América, donde surge una admirable producción indígena que nos desplazará por completo de aquellos mercados, como llaman los editores á las repúblicas hispanas, sería también cosa de dedicar los cuidados afanosos de todo el año y no el ajetreo espectacular de un día ó una semana...

Si durante ocho días pueden venderse los libros con diez por ciento de rebaja, ¿por qué no venderlos así todo el año? Si es lícito y honroso y enaltecedor meter el libro por los ojos al desprevenido transeunte, instalando tenderetes en las aceras de la Puerta del Sol y de la Gran Vía, ¿por qué no instalarlos todo el año, utilizando la calle como la utilizan los cervecedores y cafeteros? Si es servicio de pública cultura y engrandecimiento de la Patria difundir el libro, despertar la harto dormida curiosidad del público y contrarrestar las propagandas arteras que contra el libro se mantienen, y desvanecer los prejuicios de horror y abominación del libro incalculados en la conciencia española por estas propagandas, ¿cómo se expulsó del centro de Madrid la feria del libro y se la recluyó en la inclemencia y lejanía de entre el Botánico y el Retiro, en lugar de instalarla en la misma Puerta del Sol ó en la plaza de Panteones ó en reguero de quioscos por toda la Gran Vía?... Pues, la Cámara del Libro y los académicos y universitarios loadores del libro, ¿no ven la contradicción que hay entre las soflamas retóricas y estas realidades?

Podrían señalarse otras paradojas de esta *Fiesta del Libro*, que, á creer á algunos discursantes, más que fiesta parece funeral. Baste indicar que en este descargar responsabilidades y achacarse culpas, la última moda es acusar al pobre librero: cobra comisiones excesivas, no sabe lo que vende, no hace propaganda, ahuyenta á los compradores; necesita, finalmente,—que le pongan en escuela... Y esto lo dicen los editores. Jamás se propalaron mayores injusticias é inexactitudes. Salvo en media docena de capitales, donde el librero suele ser editor á la vez, no hay otras víctimas mayores de la incuria con que se produce el libro español, que los infortunados que caen, por ciudades y pueblos hispánicos, en el error de dedicarse á vender una mercancía tasada como el libro, en lugar de traficar con géneros dejados al arbitrio de su libre iniciativa. Con más espacio haré otro día la justa defensa del librero español.



El público ante el puesto instalado en la Puerta del Sol por la Librería de San Martín  
FOTS. MARÍN

DIONISIO PEREZ